

Presentación

*Interpretar mal la propia historia forma parte
de ser una nación*

ERNEST RENAN,

QU'EST QUE C'EST UNE NATION?

ALICIA SALMERÓN

Instituto Mora

La historia política de los siglos XIX y XX tiene como referente obligado a la nación y a su expresión política: el Estado nacional. Pero si la idea de Estado moderno remite a formas concretas de ordenamiento político y, por tanto, constituye un objeto de estudio bien definido, el sentido moderno de nación es menos claro y su realidad resulta muy difícil de aprehender. Más allá de las transformaciones que el paso del tiempo impone a todo concepto y al margen de los usos político-ideológicos a los que *la nación* se encuentra atada, su definición ha sido centro de amplios debates en el campo de las ciencias sociales.

Presentación

La historiografía de las últimas décadas ha tomado distancia de las propuestas que tienen a la nación por entidad invariable y al nacionalismo por cualidad inherente a determinadas comunidades humanas. Caracterizaciones, estas últimas, que parecen más útiles para fines propagandísticos que para la comprensión de los fenómenos sociales, culturales y políticos. Autores como Benedict Anderson y Eric Hobsbawm se han pronunciado por considerar a la nación como una *creación cultural* propia de una época. Los nacionalismos rescatan antiguos vínculos, representaciones, sentimientos, símbolos y “recuerdos históricos comunes” —sostienen—, pero en un principio la nación es sólo una idea y la identificación nacional un proceso estrechamente vinculado al de la construcción y consolidación del Estado moderno. Así, para Anderson, la nación constituye una “comunidad política imaginada” asociada a un Estado territorial y soberano que surge de la crisis del Antiguo Régimen; para Hobsbawm, se trata igualmente de una entidad social construida a la par o en razón del Estado-nación.¹ Desde esta perspectiva se han puesto en duda visiones de nación tradicionales basadas en criterios étnicos, lingüísticos, religiosos, territoriales... y, he de insistir, ante todo se ha rechazado la idea de la nación como una comunidad preexistente e inmutable. Como contraparte, la propuesta *constructivista* remite al complejo proceso de articulación política y social del mundo moderno y contemporáneo, así como a la creación de nuevos imaginarios e identidades en tanto partes indisociables de ese proceso.

Uno de los múltiples acercamientos posibles al tema de la *edificación* nacional y los nacionalismos desde la perspectiva anterior es vía el estudio de las representaciones que van dando contenido al imaginario nacional. Atentos al caso mexicano, los textos que forman este *dossier* se acercan a la representación de conceptos claves —*pueblo, riqueza nacional, extranjero*— y los muestran, precisamente, como construcciones indisociables de los proyectos de organización política estatal y de los programas comprometidos con su consolidación y desarrollo. Desde

• • • • •

1 Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 23 y Eric J. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 9-21.

los temas y preocupaciones propias de cada uno de sus autores, los tres artículos participan del esfuerzo por conocer más de la evolución de la nación mexicana y de sus nacionalismos, y nos proporcionan la visión de algunos de sus artífices: una elite intelectual que empuja el proyecto nacional desde el campo de la literatura; una clase gobernante comprometida con un programa de desarrollo económico; una Asamblea Constituyente revolucionaria presa de un nacionalismo defensivo.²

Carlos Illades aborda el tema de la creación de una imagen de *pueblo* como parte del proceso de formación de la nación mexicana. El concepto de pueblo, explica el autor, es elemento constitutivo de la nación, pero ¿quiénes en concreto encarnan a ese pueblo? El siglo XIX mexicano transcurrió debatiendo el asunto. La conflictividad social cotidiana era un obstáculo para alcanzar esa definición y los diferentes grupos y sectores esbozaban sus propias propuestas. En la arena política el problema tomó forma, principalmente en torno a cuestiones como la ciudadanía y los sistemas electorales, pero había muchos otros espacios en donde también se articulaban discursos en busca de ese *pueblo* que habría de dar unidad a la nación. Illades atiende a la representación de *pueblo* forjada por la novela romántica mexicana —en particular, la del segundo tercio del siglo XIX—; una corriente literaria que en el mundo occidental imprime a la idea de nación una inmensa fuerza emotiva y que, en México, confiere un *matiz social* al significado de pueblo.

Carlos Illades, tras advertir ese doble hilo con el que los autores románticos han tejido historia y ficción, analiza la veta política y moral de las novelas: sigue el proceso de construcción de ese pueblo heroico, formado por gente sencilla que se ha jugado la vida en defensa de la nación, que representa su reserva moral y que —en la vertiente socialista de ese romanticismo— se identifica con el *pueblo trabajador* mismo. Al margen de las formas y los tiempos en que los sectores populares hayan

• • • • •

2 Los tres trabajos fueron presentados originalmente en el marco del IV Seminario Internacional. La Experiencia Institucional en la Ciudad de México, reunido en torno al tema “Esfera pública y elites intelectuales”. El seminario tuvo lugar en la Ciudad de México, del 19 al 21 de junio de 2002 y estuvo coordinado por Ma. Cristina Sacristán y Pablo Piccato, con los auspicios del Instituto Mora, el CIESAS, la Dirección de Estudios Históricos del INAH, el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM y la UAM.

Presentación

desarrollando una conciencia nacional, el romanticismo social mexicano los imagina encarnando a la nación desde la guerra de 1847. Pero, de acuerdo con Illades, aun tratándose de una representación elaborada por elites intelectuales, el lazo que esta escuela literaria tiende entre *pueblo trabajador* y nación se corresponde con años en que algunos grupos sociales conquistaron, efectivamente, espacios políticos: la época de auge de la novela romántica en México —de la década de 1850 a la de 1870— corresponde con el periodo de ampliación de la ciudadanía en el país. En cambio, la novela de fin de siglo —más próxima al realismo y al naturalismo—, fue dejando atrás la exaltación de los grupos populares y construyendo una tipología cada vez más ambigua de los personajes del pueblo. Ánimo que iría de la mano —puntualiza el autor—, de las tendencias excluyentes de la política del porfiriato. En el proceso de construcción y consolidación de la nación, movimiento político y representación de *pueblo* se siguen de cerca; desde luego, queda por conocer mejor el grado de compromiso de artesanos, campesinos, indígenas y *bandidos* con el movimiento político en cuestión.

Edward Beatty retoma el tema de la nación en el periodo porfiriano, pero se encuentra con él en el campo de la política económica y desde la perspectiva del gobierno. En su reciente libro, *Institutions and Investment*,³ el autor demuestra que, a partir de cierto momento, el régimen porfirista tuvo una política explícita y coherente para el fomento de la industria nacional; con ese trabajo como trasfondo, ahora aborda una cuestión más puntual: a más de las condiciones objetivas que hicieron posible la instrumentación de una política determinada en materia de desarrollo económico, ¿cuál fue el proyecto, la visión que animó el programa de fomento industrial adoptado en México en la década de 1890? ¿Cuáles fueron las ideas e intereses que hicieron posible un cambio en la política económica hacia finales del siglo XIX? De la mano de Charles Hale, Beatty ensaya una interpretación del cambio de la ideología librecambista que había dominado casi por completo el discurso de las décadas anteriores, por una postura proteccionista —más pragmática— destinada a favorecer una industria nacional.

3 Edward Beatty, *Institutions and Investment. The Political Basis of Industrialization in Mexico before 1911*, Stanford, Stanford University Press, 2001.

La valoración por parte de las elites mexicanas de la industria como motor del progreso, la reconsideración en torno a la *verdadera* fuente de riqueza nacional —antes representada por los recursos naturales; ahora asociada por esas elites al procesamiento de dichos recursos con el apoyo de tecnologías modernas—, sigue de cerca el modelo de desarrollo de las potencias europeas y de Estados Unidos. Pero también, propone el autor, esta transformación en el ámbito de las ideas constituyó una respuesta defensiva frente al creciente dominio económico del vecino del norte. La pujante economía estadounidense era vista como una amenaza a la soberanía nacional; se necesitaba dar un impulso especial al *progreso material* como el único camino posible para salvarla. De esta manera, la reformulación de la política económica hacia la segunda mitad del Porfiriato es interpretada por Beatty —sin detrimento de la consideración de los intereses particulares a los que tal política pudiera servir—, como un esfuerzo por consolidar a la nación de cara a un peligro extranjero.

El artículo de Beatty se suma así a un conjunto de trabajos aparecidos en la última década —como los de Arturo Grunstein y Paolo Riguzzi—⁴ que identifican también ese giro en la política económica del régimen porfirista hacia la década de 1890; una historiografía que destaca la adopción de nuevas políticas de fomento e inversión en atención a un argumento nacionalista: la salvaguarda de la independencia económica del país frente al creciente dominio estadounidense. El proyecto de desarrollo del Estado mexicano finisecular aspiraba efectivamente a un crecimiento económico acelerado y autónomo, aunque a la par buscó formas

• • • • •

4 Arturo Grunstein, “¿Competencia o monopolio? Regulación y desarrollo ferrocarrilero en México, 1885-1911”, en Sandra Kuntz y Paolo Riguzzi (coords.), *Ferrocarriles y vida económica en México (1850-1950)*, México, El Colegio de México/El Colegio Mexiquense/Ferrocarriles Nacionales de México/Universidad Autónoma Metropolitana, 1996, pp. 167-221; “De la competencia al monopolio: la formación de los Ferrocarriles Nacionales de México”, en Sandra Kuntz y Priscilla Connolly (coords.), *Ferrocarriles y obras públicas*, México, Instituto Mora/El Colegio de México/El Colegio de Michoacán/Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, pp. 71-104 y Paolo Riguzzi, “México, Estados Unidos y Gran Bretaña, 1867-1910: una difícil relación triangular”, en *Historia Mexicana*, vol. XLII, núm. 3, enero-marzo, 1992, pp. 365-436.

Presentación

externas de colaboración. Lo que hacía era adoptar una estrategia de diversificación de la inversión foránea —favoreciendo a los capitales europeos por sobre los estadounidenses— para crear una industria al interior de sus fronteras y así resistir al avance de los intereses del vecino del norte.

Este era el nacionalismo de una elite gobernante autoritaria, muy comprometida con los intereses económicos privados y muy poco sensible a los problemas sociales. Pero los nacionalismos —como advierte Benedict Anderson— “son artefactos culturales de una clase particular”; y una propuesta política así caracterizada puede tener significados diferentes para distintos grupos sociales.⁵ Difícilmente el nacionalismo revolucionario que emergió en México después de 1914 se sentiría identificado con el porfirista. Más bien al contrario: lo que los revolucionarios guardaron en su memoria de la política finisecular fue su cara complaciente frente al extranjero. Éste fue el caso del carrancismo y de los constituyentes de 1917, como lo demuestra Pablo Yankelevich en su artículo.

El lugar que el régimen porfirista otorgó al extranjero —no sólo en materia económica, sino también en términos de su política de inmigración y de exaltación de su cultura—, recreado por el imaginario de los revolucionarios y al que se sumaron toda suerte de *mitos, símbolos y recuerdos* sobre su papel en una historia patria, participó del reforzamiento de la representación de ese extranjero como amenaza para el mexicano. Y de nuevo frente al peligro externo —sin duda real, pero en mucho también supuesto— surgió un *nacionalismo defensivo*, expresado ahora con enorme fuerza desde las filas del carrancismo y el cual quedó plasmado en el texto mismo de la Constitución de 1917. El artículo de Pablo Yankelevich recupera esta percepción del extranjero a través de los debates de la Asamblea Constituyente y propone la hipótesis de que esa imagen amenazante está en la base misma de una identidad nacional mexicana.

Yankelevich analiza las discusiones en torno a los artículos de la Carta Fundamental que definían al extranjero, sus derechos y sus deberes; pone entonces en evidencia ese sentimiento común a los diputados, de

• • • • •

5 Benedict Anderson, *op. cit.*, 1993, p. 21.

acuerdo con el cual la nación se encontraba insuficientemente consolidada, así como su convicción de que era necesario ponerla a salvo precisamente de peligros externos. La mejor manera de proteger una nacionalidad que se consideraba débil era reducir al máximo las posibilidades de acción de quienes la intimidaban. Se acotaron entonces algunos de los derechos de los extranjeros: el de propiedad, por ejemplo; también se recuperó el Artículo 33 de la Constitución de 1857, de acuerdo con el cual el gobierno podía “expeler al extranjero pernicioso”, con el agravante ahora de negarles el amparo de la justicia al que todo habitante del país tenía derecho. Asimismo, se les excluyó de la sociedad política que se estaba reconstituyendo. Atendiendo a esa imagen amenazante, se les prohibió inmiscuirse en política y, no sólo a ellos sino a sus descendientes, se les limitó el derecho a representar a los mexicanos. Se buscó afirmar a la nación recordando las agresiones e infidencias del extranjero, pero también —como señala el autor, refiriéndose al texto clásico de Renan— tratando de olvidar la parte que, sin duda, éste había tenido en su creación. El intento, siempre infructuoso, por olvidar partes significativas de la historia, sólo puede crear ambigüedades y eso es lo que, en opinión de Yankelevich, sucedió en aquella asamblea y devino en contradicciones en el mismo texto constitucional, contradicciones que los mexicanos aún no logran salvar.

Si tras las naciones no hay esencias, sino historias —parafraseando una expresión de Mauricio Tenorio—,⁶ también es cierto que las visiones nacionalistas de esas historias constituyen versiones sesgadas del pasado. El nacionalismo —activista por definición— busca construir, consolidar, desarrollar una entidad indisociable de un poder político, un interés en función del cual manipula la historia: crea imaginarios entretejiendo historia y ficción; revive *recuerdos comunes*, pero induce olvidos significativos... Interpretar la historia con rigor, en cambio, permite una mejor comprensión del fenómeno nacional, el que incluye, ni duda cabe, la historia de los propios nacionalismos.

• • • • •

6 Mauricio Tenorio (*et al.*), “Identidad, nuestra preclara obsesión. Un diálogo y algo más”, en *Istor. Revista de Historia Internacional*, año III, núm. 11, invierno, 2002, pp. 4-29,